Hermann Hesse
La Conversión de Casanova




LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Parcamente, hablando de sí mismo, Herman Hesse escribió: "Niño aún, estaba yo llamado al sacerdocio; pero muy pronto abandoné la carrera de teólogo – que habían seguido mi padre y mi abuelo– y fui durante varios años librero y vendedor de antigüedades. Después del éxito de mi primera novela Peter Camenzid (1904), no he tenido ninguna otra profesión que las letras. Mis distracciones son la jardinería y la pintura a Ia acuarela".

Es probable que, para él, su vida exterior se redujera a esas pocas circunstancias. Pero para quien haya leído sus libros Narciso y Golmundo, Demian, Siddharta, EI Lobo Estepario, El Juego de Abalorios–, el retrato será otro. Pocos escritores se pintaron a sí mismos en sus escritos como Hesse. Una editorial argentina publicó el año pasado la traducción de sesenta y cinco fragmentos inéditos, de diversa índole, pero todos autobiográficos. Constituían un segundo volumen, y tal vez, no sea el último, ya que la materia inédita, en este prolífico escritor, sigue apareciendo. Es el caso de estos cuentos que Ediciones Librerías Fausto dará a conocer por primera vez en castellano –no se incluyen en ninguna antología publicada en ningún idioma hasta el momento–, en versión de María Gregor.

Hesse nació en Calw (Württemberg, antiguo Estado de Alemania) el 2 de julio de 1877. Vivió en Suiza desde 1912, obtuvo la nacionalidad de ese país en 1925 y murió en Montagnola el 9 de agosto de 1962. Desde 1946 era Premio Nobel de Literatura.

Para este protestante austero, alimentado en su juventud con lecturas de Schopenhauer y Nietzsche, contaba sobre todo la fortaleza individual proveniente de una verdad interior.

Hacia los últimos años de su vida le escribió a André Gide: "Los individuos de nuestra casta parecen haberse hecho raros y empiezan a sentirse solitarios. Por esta razón es una suerte y un consuelo saber en usted a un amante y defensor de la libertad, de Ia personalidad, de la tenacidad y de la responsabilidad individual". Puede decirse, en este sentido, que casi no le interesaban los problemas sociales, y sólo el individuo tenía importancia para él.

Según Marcel Brion – para dar un ejemplo de esta actitud –, Hesse proponía es El Juego de Abalorios a las almas inquietas por el peligroso progreso del materialismo y por la asfixiante tiranía de la fuerza y del número, una "sociedad de contingencias de la política, los valores inmortales del arte y del pensamiento.

Él, sin duda, perteneció a esos elegidos.

La Conversión de Casanova y otros cuentos – tal es el título del volumen de próxima aparición– es, por las piezas que lo componen, obra de la juventud de Hesse. El célebre personaje, sin embargo, parece retratado por un consumido creador. El relato fue escrito en 1906. Dada su extensión, anticipamos solamente la primera parte, donde se presenta y plantea la narración, pero que conserva un sentido unitario.

***LA CONVERSION DE CASANOVA***

En Stuttgart, hacia donde lo atrajo la fama mundial de la lujuriosa corte de Carlos Eugenio, no le fue bien a Giacomo Casanova, el caballero de fortuna. Ciertamente, como en toda ciudad del orbe volvió a encontrarse enseguida con una cantidad de viejos conocidos, entre ellos la veneciana Gardella, por entonces favorita del duque; y pasó algunos días alegre y despreocupado en compañía de bailarines y bailarinas, músicos y actrices de su amistad. Asimismo parecía que tenía asegurada una buena acogida en casa del embajador austríaco, en la corte y aun en lo del propio duque. Pero apenas entrado en calor, el tarambana salió una noche de francachela en compañía de algunos oficiales. Se intercambiaron apuestas y corrió vino de Hungría y el final de la diversión fue que Casanova perdió en el juego marcos por un equivalente a cuatro mil luises de oro, sus costosos relojes y sortijas y tuvo que hacerse llevar en coche a su casa en deplorable estado de ánimo. A todo esto se agregó un desgraciado proceso. Las cosas habían llegada tan lejos para el temerario que amén de la pérdida de sus bienes también se vio en peligro de ser incorporado al regimiento del duque en calidad de soldado forzoso. Por supuesto, no le falto tiempo para poner los pies en polvorosa. Él, a quien había convertido en una celebridad su huida de las cámaras de plomo venecianas, también pudo escapar de la captura que pesaba sobre él en Stuttgart y hasta le fue posible salvar su baúl con el que pudo llegar a salvo a Furstenberg, después de pasar por Tubingia.

Sin embargo, aquel individuo ágil no causaba la menor impresión de ser un hombre golpeado por el destino. En la posada fue servido como viajero de primera categoría a causa de su atuendo y de la prestancia de su porte. Lucía un reloj de oro adornado con piedras preciosas, a veces tomaba una pizca de rapé de una cajita de oro, a veces de otra de plata, vestía ropas extraordinariamente finas, delicadas, calzas de seda y puntillas holandesas. El valor de sus prendas, piedras, puntillas y joyas había sido justipreciado hacía poco en Stuttgart por un entendido en cien mil francos. No hablaba alemán, pero su francés era perfecto y sus modales los de un acaudalado, mimado pero bondadoso caballero en viaje de placer. Era exigente, pero no escatimaba propinas ni se mostraba remiso en el pago de la consumición.

Al cabo de un viaje precipitado había llegado a aquella localidad de noche. Mientras se lavaba y empolvaba le prepararon a su pedido una cena excelente que, acompañada de una botella de vino del Rin, le ayudó a pasar pronto y de manera agradable el resto de aquella jornada. Seguidamente se retiró a descansar a hora temprana y durmió maravillosamente hasta la mañana. Sólo entonces consideró llegado el momento de poner en orden sus asuntos.

Después el desayuno que tomó mientras se vestía, hizo sonar la campanilla para pedir tinta, una pluma y papel. Enseguida apareció una bonita muchacha de buenas maneras y dejó sobre la mesa las cosas pedidas. Casanova agradeció con cortesía, primeramente en italiano, luego en francés y comprobó de tal modo que la preciosa rubia entendía el segundo idioma,

– Usted no puede ser una mucama – dijo en tono serio pero cordial–. Sin duda, es la hija del posadero.

– Usted lo ha adivinado, mi señor.

–¿Verdad? Envidio a vuestro padre, bella señorita. Es un hombre afortunado.

–¿Por qué lo dice?

– Porque no me cabe ni la menor duda. Todas las mañanas y todas las noches puede besar a la más hermosa y amable de las hijas.

–!Qué va, distinguido señor! Jamás Io hace.

– Entonces comete una injusticia y es de lamentar. Yo, en su lugar, sabría valorar semejante dicha.

– Pretendéis turbarme

–!Pero niña! ¿Acaso tengo aspecto de Don Juan? Por mis años podría ser vuestro padre.

Tomó su mano y prosiguió:

– Estampar en esa frerte un beso de padre debe ser una dicha plena de emoción.

Depositó en la frente de la niña un tierno beso.

– Permita esto a un hombre que es padre. Además, debo ponderar su mano.

–¿Mi mano?

– He besado las manos de princesas que junto a las suyas no merecerían ser exhibidas. !Por mi honor!

Diciendo esto beso su diestra. Primeramente la besó con suavidad y respeto en el dorso, luego la volvió y la beso en el lugar del pulso y en seguida besó también cada uno de los dedos.

La niña arrebolada por completo se echó a reír y con una genuflexión burlona retrocedió y abandonó la habitación.

Casanova sonrió y se sentó a la mesa. Tomó un pliego de papel y con caligrafía leve y elegante escribió la fecha: "'Fürstenberg, 6 de abril de 1760". Luego empezó a meditar. Hizo la hoja de papel a un lado, extrajo un diminuto cortaplumas de tocador de plata del bolsillo de su chaleco de terciopelo y durante un rato estuvo limándose las uñas.

A continuación escribió a cálamo corriente y pocas interrupciones una de sus ágiles misivas. Iba dirigida a aquellos oficiales de Stuttgart, que lo había puesto en situación desesperada. Los culpaba de haber echado en su vino de Tokay un brebaje narcotizante para engañarlo en el juego y hacer que las meretrices lo despojaran de sus objetos de valor. La carta concluía con un audaz desafío. Los esperaría en Fürstenbeng dentro de Ios próximos tres días y abrigaba la esperanza de poden matarlos a los tres y de este modo duplicar su fama en Europa.

Hizo tres copias del mismo tenor y las dirigió a Stuttgart a los distintos destinatarios. Estaba en este menester cuando golpearon a la puerta. Era de nuevo la bonita hija del posadero. Pidió disculpas por haberlo importunado, pero había olvidado traer en su primera visita el recipiente de arena. Y bien, se Io había traído y renovaba sus excusas.

–!Qué ocasión tan favorable! – exclamó el caballero en tanto se ponía de pie–. También yo olvide algo que quisiera reparar en este momento.

– ¿De veras? ¿Que es?

– Ha sido una afrenta a su belleza. Me siento muy feliz de poder enmendar mi falta.

Antes de que la niña pudiera apartarse la tomo por el talle y la atrajo hacia sí. La joven chilló y opuso resistencia, pero con tan poco énfasis que el experto amante vislumbró su seguro triunfo. Con fina sonrisa beso su boca y ella devolvió el ósculo. Se instalo en el sillón, la sentó en su regazo y le dijo mil palabras tiernas y zalameras, de las que siempre tenía disponibles en tres idiomas diferentes. Unos cuantos besos más, una chanza amorosa, una risa ahogada y la rubia consideró llegado el momento de emprender la retirada.

– No me delate, queridisima. !Hasta la vista!

La joven abandono la estancia y Casanova se puso a silbar una melodía veneciana, ordenó la mesa y reanudó su trabajo. Selló las tres cartas y las llevó al posadero para que se las despachara por el correo rápido. Al mismo tiempo echó una mirada a la cocina, donde

pendían muchas ollas sobre el fuego. El posadero lo acompañó.

–¿Qué hay de bueno el día de hoy?

– Truchas tiernas, distinguido señor.

–¿Asadas?

– Asadas, ciertamente.

–¿Qué aceite usa?

– Nada de aceite, señor Barón. Aquí cocinamos con manteca.

–!Vaya! ¿Dónde tiene la manteca?

Se la mostraron, la olió y la probó.

– Procure tener manteca fresca todos los días, en tanto dure mi permanencia en su posada. Por supuesto con cargo a mi cuenta.

– Descuide.

– Señor posadero, tiene usted perla por hija, sana, bonita y juiciosa. Yo soy padre también y tal circunstancia aguza el ojo.

– Tengo dos, señor Barón.

–¿Cómo, dos hijas? ¿Y ambas crecidas?

Por cierto. Quien lo sirvió es la mayor. La otra atenderá su mesa.

– Sin duda no hará menos honor a su educación que la mayor. Nada valoro tanto en las jovencitas como la modestia y la inocencia. Sólo quien tiene familia puede saber cuanto dice esto y con cuanto esmero debe ser protegida la juventud.

EI viajero dedicó las horas previas al almuerzo a su arreglo personal. Se rasuro por sus propios medios pues su sirviente no lo había podido acompañar en su precipitada fuga de Stultgart. Se empolvo se mudo de chaqueta. Y cambió las pantuflas por zapatos de fino y suave cuero, cuya hebilla reproducía la forma de un lirio y provenía de París. Como faltaba aun la hora del almuerzo extrajo de una carpeta un cuadernillo manuscrito a cuyo estudio se dedicó, lápiz en mano. Se trataba de tablas de números y cálculos de probabilidades. En París, Casanova había ayudado a sanear las finanzas harto desquiciadas del rey mediante la inauguración de una agencia de lotería, y con ello ganó para si una fortuna, Uno de sus cien planes futuros era perfeccionar su sistema e introducirlo en las residencias necesitadas de fondos, como por ejemplo en Berlín o San Petersburgo. Con presteza y seguridad su mirada recordó las hileras de números, ayudada por su dedo índice; y ante su visión interior se balancearon sumas millonarias y multimillonarias.

Ya en la mesa, las dos hermanas se dividieron su atención. La comida era excelente y el vino bueno. Además, entre los comensales Casanova encontró por lo menos uno con quien valía la pena iniciar una conversación. Era un joven hombre de ingenio, semierudito, vestido de manera mediocre y dueño de un italiano bastante bueno. Afirmó que se hallaba en un viaje de estudios por Europa y trabajaba en la refutación del libro de Voltaire.

–¿Me enviará su libro cuando esté impreso, verdad ? Tendré el honor de retribuirle con una obra de míos horas de inspiración.

– Será un honor para mí. ¿Puede adelantarme su título

– Con placer. Se trata de una traducción al italiano de la Odisea a la cual estoy trabajando desde hace tiempo.

Y charló con fluidez y ligereza sobre muchas cosas ingeniosas, sobre la originalidad la métrica y la poesía de su lengua vernácula, sobre la rima y el ritmo, sobre Homero y Ariosto,

el divino Ariosto, de quien declamó unos diez versos.

Pero entretanto, encontraba oportunidad para halagar con alguna gentileza a las dos bonitas hermanas y cuando se levantó de la mesa se acercó a la más joven, le dijo unas cuantas lisonjas respetuosas y le preguntó si dominaba el arte del peinado. Como le contestó afirmativamente, le solicitó que le brindara ese servicio a la mañana siguiente.

–!Oh, yo también lo hago con igual perfección! – exclamó la mayor.

–¿De veras? Entonces os turnaréis –y dirigiéndose a la menor agregó—. La espero después del desayuno, ¿de acuerdo?

Por la tarde escribió unas cuantas cartas más, otras a la bailarina Binetti en Stuttgart, que lo había ayudado en su fuga y a quien le rogaba que se ocupara de su sirviente que se había quedado rezagado en esa ciudad. Este servidor se llamaba Leduc, pasaba por se español y era un inservible de gran fidelidad, y Casanova dependía más de él de lo que hubiera podido sospecharse dada su frivolidad.

Otra carta iba dirigida a su banquero holandés y una tercera a una de sus amantes, radicada en Londres. Seguidamente se dedicó a meditar sobre otros menesteres que reclamaban su atención. En primer lugar debía esperar la llegada de los tres oficiales, así como también noticias de su sirviente. El Pensamiento de los inminentes duelos a pistola lo tornó grave y taciturno y resolvió volver a revisar su testamento al día siguiente. Si todo también salía bien, pensaba dirigirse a Viena dando algunos rodeos. Disponía de varias recomendaciones en esa ciudad.

Después de un paseo tomó su cena y luego se dedicó a la lectura en su habitación para mantenerse despierto pues a las once esperaba la visita de la hija mayor del posadero.

Cálidas ráfagas de viento soplaron en derredor de la casa y trajeron consigo breves chaparrones. Casanova pasó los días que siguieron del mismo modo que el primero, con la única variación de que la hija menor del posadero venía a menudo a brindarle su compañía. Así pues, además de la lectura y la correspondencia, tenía bastante que hacer amén de gozar del amor y ponerse en guardia contra las constantes escenas de sorpresa y celos de las dos rubias. Pasaba las horas del día y de la noche meditando sabiamente, sin olvidar su testamento y manteniendo a punto sus hermosas pistolas y sus accesorios.

Pero loa tres oficiales desafiados no se presentaron. No aparecieron ni escribieron el segundo ni el tercer día. EI aventurero, en quien la primera oleada de ira hacía tiempo había cedido, en el fondo no tenía grandes objeciones que hacer a la conducta de aquellos hombres.

Pero más lo intranquilizaba la ausencia de Leluc, su sirviente. Decidió esperar un día más. Mientras tanto, las enamoradas niñas lo compensaban por sus lecciones en el arte amatorio enseñándole algo de alemán a éI, el eterno sediento de aprender.

Al cuarto día la paciencia de Casanova amenazaba con haber llegado a su fin. Pero muy temprano por Ia mañana lIegó Leduc montado en jadeante cabalgadura, salpicado del barro de los caminos empantanados por las lluvias, anuncio de la próxima primavera. Alegre y emocionado, el amo fue a darle la bienvenida y Leluc se apresuró a proporcionarle las noticias que traía antes de lanzarse sobre el pan, el jamón y el vino.

– Ante todo, señor caballero – empezó –, encargue caballos y tome las providencias necesarias para que hoy mismo alcancemos la frontera suiza. Por cierto no vendrán los oficiales a batirse en duelo con usted, pero sé con toda certeza que si se queda aquí muy pronto será molestado por espías, perseguidores y asesino a sueldo. El duque mismo parece que esta indignado con usted y que le ha negado su protección. Así pues, dése prisa.

Casanova no perdió tiempo en pensar. Tampoco se dejó ganar por la agitación. Ya en otros tiempos el infortunio le había estado pisando los talones, pero hizo caso a su sirviente y encargó caballos para dirigirse a Schaffhausen.

No disponía de tiempo para despedidas. Pagó su cuenta, regaló a la mayor un peine de carey como recuerdo y a la menor le hizo la solemne promesa de regresar a la mayor brevedad. Llenó su baúl y a las tres horas de la llegada de Leluc ambos se encontraban sentados en la diligencia. Hubo agitar de pañuelos y voces de despedida. El coche equipado con rápidos caballos abandonó el patio de la posada y empezó a correr velozmente por la carretera mojada.